

**Encuentro Medellín + 50 “El grito por los pobres, grito por la vida”**  
**Luces y Sombras a 50 años de Medellín**  
(28 de Agosto al 1º de Septiembre 2018)  
Medellín, Colombia

**Mujer: Situación de la mujer en el contexto de Medellín 68 y hoy 50 años después.**

*María del Carmen Montes Castillo*

Quisiera hacer un poco de historia con respecto a mi participación en este panel. Cuando soñábamos con incluir una reflexión sobre las mujeres en este Encuentro, hubo comentarios a favor y otros que decían que no era el tema específico, y la reflexión tendría que ser sobre Medellín 68 y 50 años después.

Consideramos que en el 68 el tema de las mujeres fue un tema pendiente, que no se analizó, ni estaba presente. Lo novedoso, y casi una bomba, fue la opción preferencial por los pobres y el inicio de la teología de la liberación. Estábamos felices por esa luz que empezó a iluminar todo el continente. Sin embargo, a pesar del intenso trabajo que se realizó en las CEBS, en su mayoría integradas por muchas mujeres, no nos veían y no nos veíamos. Mirábamos siempre hacia los demás y en ellos poníamos todo nuestro esfuerzo.

Esta presentación es resultado de un esfuerzo colectivo, preguntamos a muchas de nuestras compañeras y amigas, ¿dónde estábamos las mujeres en Medellín 68? En el trabajo arduo de esos días, en las discusiones, en los temas, en los avances, en las propuestas, en el día a día. Por supuesto que había mujeres, pero en el trabajo oculto, el que es necesario, pero no se ve, ni se valora.

Destacaron los Obispos, consecuentes con el Vaticano II, los sacerdotes, teólogos, aquellos que se querían comer el mundo y llevar la justicia a los pueblos y comunidades más lejanas. En los pobres estábamos incluidos ellos y nosotras. Pero la verdad, no era así.

Ese año mi país se vio sacudido por una masacre, previa a los Juegos Olímpicos del 68, octubre 2 en Tlatelolco, movimiento que había empezado meses antes, influido sin duda por el Mayo de París y por las inquietudes de cientos de estudiantes que queríamos otro mundo, éramos hombres y mujeres, soñábamos con cambiar de tajo tanta injusticia, queríamos otra educación, otra forma de ver la vida, más humana, donde el autoritarismo se convirtiera en diálogo y juntos construyéramos algo distinto. Sueños que de un golpe se convirtieron en represión, muerte e impunidad.

Este año se cumplen 50 años también y todavía no se sabe cuántos muertos hubo, y nadie ha sido castigado de manera ejemplar. Y el 12 de octubre de aquel año se dieron inicio a

los Juegos Olímpicos, con un discurso del presidente que empezó: “¡Todo es posible en la paz!

En ese movimiento había hombres y mujeres, por supuesto, como en todos, pero las voces, el miedo, la cárcel, la muerte, provocó un repliegue que volvió animarse hasta el 71 y la respuesta fue la misma, la represión.

En toda América Latina, se empezó a tomar conciencia muy fuerte de la realidad, sin duda Paulo Freire fue otro factor importantísimo para que esta toma de conciencia fuera creciendo. La Revolución Cubana, influyó fuertemente en miles de jóvenes que deseábamos cambios estructurales y se iba gestando en nuestros países los gritos de libertad.

Quisiera retomar nuestras reflexiones del caminar desde el Vaticano II, porque esos años fueron muy importantes para un gran número de comunidades religiosas, de laicas, de mujeres que decidieron hacer un cambio drástico en sus vidas. Salieron de los conventos y fundaron comunidades llamadas “de inserción”, algo muy novedoso y que al suceder Medellín 68 había semillas que empezaban a germinar y que retomaron la opción preferencial por los pobres.

No sé si ustedes estarán de acuerdo, pero una vez terminado el Concilio, en el 65, algunos de los Obispos que firmaron el Pacto de las Catacumbas, pusieron manos a la obra. Decidieron y congregaron a sus diócesis a tomar en serio los compromisos derivados de 3 años de reflexión. Y, sin duda, del 65 al 70, pasando por Medellín 68 que ahora conmemoramos, fueron los años más intensos en renovación y fórmulas de evangelización y compromisos pastorales enormes. Por supuesto que las mujeres allí estaban, presentes, comprometidas, insertas, generosas, pero invisibles, a pesar de que muchas de ellas eran consideradas párrocas y laicas consagradas, comprometidas con las luchas del barrio, de la colonia, de los pueblos. Como habíamos vuelto a las fuentes, se iba descubriendo el mensaje de Jesús a las mujeres. Creo que solamente las mujeres lo podíamos descubrir.

Nos dimos cuenta que nuestras vidas están atravesadas por la sexualidad, y eso no porque nos estuviéramos adentrando en talleres de sexología (algunas a lo mejor sí) No, analizábamos y orábamos el Evangelio: Pasajes como la hemorroisa, la adúltera, la Samaritana, Magdalena lavándole los pies a Jesús.

¿Por qué digo esto? Jesús basándose en hechos cotidianos, mostraba el pensamiento de los varones y la sociedad, y él cambiaba el sentido y valoraba el ser de las mujeres de manera integral. Nosotras, juzgadas y atravesadas por la sexualidad, por nuestro cuerpo, objeto de las miradas y pensamientos masculinos de posesión o placer. Jesús reconoce, valora y provoca una nueva mirada desde las mismas mujeres y una interpelación a cómo son vistas en la sociedad. Esa es una novedad descubierta por nosotras y asumida en lo más profundo de nosotras.

Ese caminar nos ha llevado también a la Teología Feminista, que es otro descubrimiento y otro avance que parte del Vaticano II, entra en búsquedas a partir de nuestra invisibilidad en Medellín 68, y abre surcos, con grandes dificultades y obstáculos, con resistencias y tropiezos, con reclamos y condenaciones, pero que camina.

Los años 70's fueron maravillosos en luchas y búsquedas de libertad y sueños de fraternidad y democracia. Mujeres y hombres trabajaron con esfuerzos nuevos horizontes de justicia e igualdad, con resultados de cambios en gobiernos latinoamericanos, que fueron unos gozosamente triunfantes y otros acallados y reprimidos con feroces dictaduras y muerte. Las mujeres hemos estado en todos ellos, desde las luchas del campo y la ciudad, así como dentro de las mismas iglesias, tratando de encontrar nuestra misión y nuestro lugar.

En esos años 70's también la iglesia frenó de manera muy visible, todos esos sueños de cambio. No sé si a la muerte de Paulo VI y de Juan Pablo I y el arribo de Juan Pablo II, fueron la causa para entrar en otra dinámica. La Iglesia por un lado parecía triunfante y por otro lado impedía el libre pensamiento, la búsqueda de nuevos caminos donde se pudiera constatar que se estaba con los pobres. Fue la época que empezó la desbandada, sacerdotes que al querer ejercer su compromiso real con los pueblos eran señalados, al igual que cientos de religiosas que no se les permitía vivir en libertad y compromiso, dejaron la iglesia institucional, para poder asumir tareas con las comunidades donde estaban insertas.

Durante el periodo de Juan Pablo II sentimos la imposición de una iglesia autoritaria, lejana a los procesos, triunfalista, opositora a los cambios, sin reconocer los derechos de los y las pobres. Se miró a los pobres y los excluidos de manera heterogénea, sin cuerpos, sin identidad, sin nombre, sin rostro, sin agenda propia. No superó el esquema teológico tradicional de concebir a Dios masculino, heterosexual, blanco y que seguía siendo el altísimo, el gran otro, que es el amo de nuestra vida, que conoce nuestros más íntimos pensamientos y tiene un destino para cada persona. No se abordaron temas morales. Estaría de más decir que no se reconocieron los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, es más, empezaron a ser combatidos y ahora en este siglo XXI son rechazados y estigmatizados por la iglesia institucional. Nunca como ahora conocemos tantos casos de feminicidios en todo el mundo, y en mi país tiene un elevadísimo número, se habla de 7 feminicidios diarios.

¿Cómo es posible que se de este fenómeno? Algo nos tiene que decir, con respecto a las mujeres. ¿Por qué se nos mata?, ¿Por qué se asesinan? Por el simple hecho de ser mujeres.

Sin duda, es el resultado de un sistema de relaciones milenario que es el Patriarcado, mismo que se manifiesta en todas las relaciones existentes en todos los diferentes estratos de nuestras sociedades machistas, misóginas, homofóbicas, discriminatorias, que consideran que no hay más autoridad que la del varón. Y nuestras iglesias, se caracterizan

por ser de las instituciones más patriarcales del mundo, androcéntricas por excelencia, y jerárquicas. Con mandos totalmente verticales y con "un discurso de fraternidad y horizontalidad".

50 años después de Medellín, la iglesia ha involucionado, se echó para atrás, se olvidó de los descubrimientos y la apertura del Vaticano II y del aire de libertad que Juan XXIII inspiró en su tiempo. Se cerró, miró hacia dentro, se encasilló, quién se salía de los márgenes impuestos era señalado. No obstante, todo este retroceso, las mujeres seguimos adelante, algunas intentaron continuar con la iglesia institucional, con el deseo que nuevamente hubiera rendijas para respirar, otras decidieron seguir creyendo en Jesús, pero alejarse del entorno clerical y seguir construyendo núcleos y espacios de reflexión y acompañamiento de las comunidades que luchaban para lograr que sus derechos a vivir dignamente se hicieran realidad.

Las mujeres hemos construido comunidades donde la Palabra del Evangelio alienta, ilumina, soporta, empuja, irrumpe para exigir justicia, y un nuevo modo de vivir.

### **Las Mujeres nos tomamos la Palabra**

Las mujeres hemos tomado la Biblia y la teología en nuestras manos. Nos hemos convertido en pastoralistas, teólogas, apóstolas, presbíteras. Tomamos la Biblia en las comunidades populares y universidades, iniciamos un proceso de empoderamiento de la mujer a nivel de trabajo pastoral y de estudios teológicos, reconociendo que nuestra teología es una opción por la esperanza. Nuestra voz ha ido creciendo poco a poco en la iglesia.

No podemos negar que el Concilio Vaticano II contribuyó a la dignificación, liberación, apropiación e interpretación de la Palabra por parte de las mujeres, quienes siempre han estado excluidas por la misoginia y el patriarcado que aún existe en la legislación eclesial.

Las mujeres tuvimos la valentía, toma de conciencia de la pertenencia a la iglesia como seguimiento de Jesús, pueblo de Dios, creatividad, entrega a la gran tarea de reivindicar la autonomía, la igualdad originaria y la equidad de género. Afirmamos junto con las teólogas feministas que somos personas libres y con igual dignidad, por lo tanto, reconocemos que somos autoridad moral, capaces de tomar decisiones en todos los ámbitos de nuestras vidas, que somos imagen y semejanza de Dios con quien compartimos la libertad, la dignidad y las decisiones.

Las mujeres somos mayoría en la iglesia y se nos ha dado un lugar de subordinación. Nuestra participación se limita a papeles secundarios, se nos admite en labores domésticas, de aseo, de catecismo y de liturgia. No estamos en el ámbito de la toma de decisiones. Penosamente la jerarquía de la Iglesia Católica no reconoce las contribuciones que el feminismo ha dado a la vida de mujeres y hombres, a las instituciones y a la cultura.

Seguimos padeciendo el control punitivo que hay sobre nuestros cuerpos, nuestra sexualidad, la estigmatización por decidir libre y responsablemente acerca del número y el espaciamiento de nuestras hijas e hijos, aun cuando los derechos sexuales y reproductivos han sido reconocidos.

La situación que seguimos enfrentando las mujeres sigue siendo la exclusión del nivel de decisiones en la iglesia, no permitiendo expresar lo que vivimos, sentimos, pensamos, aún se nos considera como menores de edad e inferiores, las causantes del mal y por eso no aptas para el sacerdocio. Muchas han sufrido martirio, persecución, calumnias, prisión en tiempo de dictaduras. Hoy seguimos siendo vistas como objetos de evangelización o como temas de análisis y atención. Falta mucho por caminar para que la perspectiva de género sea vista más allá de una "ideología" subversiva y peligrosa, y que sean reconocidas como sujetas de derecho y de decisión en igualdad de decisión y oportunidad en los espacios y comunidades eclesiales.

En Medellín los que escribieron los Documentos y lo que está en ellos no vieron, ni miraron a las mujeres, pero las mujeres se sintieron miradas y vistas en la descripción que los documentos hacen de la realidad. Las mujeres tenemos la habilidad e intuición de descubrirnos, ver y reconocernos en la historia, luchas, logros, avances, sufrimientos y en todo lo que acontece en la vida de los pueblos. Sin duda, la columna vertebral de los documentos de Medellín, fue precisamente el análisis y el compromiso con los empobrecidos, aunque las mujeres quedamos ausentes, tanto en la teoría como en la práctica. No pudieron darse cuenta que en las mujeres la pobreza es más aguda.

Fue un gran impacto descubrirnos al leer la descripción de la realidad y sentirnos en ella reflejadas. Al mismo tiempo nos sentimos algo reconocidas, fortalecidas por los espacios que se abrieron hacia lo seglar y laico en la iglesia, espacios, como los del Vaticano II, que han sido una oportunidad para incidir y accionar hacia el reconocimiento de la igualdad y la equidad en la iglesia.

### **A 50 años ha habido luces y sombras en nuestro caminar como mujeres en América Latina.**

Podríamos mencionar avances significativos, luces que indican por dónde. Ya que las mujeres incursionaron con mucha dedicación al reconocimiento y estudio desde la perspectiva de género, la antropología, teología feminista, ubicándonos con dignidad en espacios antes exclusivos para varones.

Sombras, aún hay muchísimas, son infinitas y sutiles las resistencias que se dan en los espacios supuestamente avanzados. Todos los retrocesos a nivel de ideologías, jerarquías y sectores con prácticas que van surgiendo y rechazan los avances, incluso legislativos, laborales, sociales, políticos hacia la igualdad y reconocimientos de la igualdad real de las personas, mujeres y a lo femenino. Quizá la sombra mayor, todavía muy oscura, es el patriarcado, gran obstáculo para la vida de las creyentes y no creyentes, además de querer seguir imponiéndose en los Estados laicos, la oposición a reconocer los derechos sexuales y reproductivos de todas las mujeres cuya omisión trae graves consecuencias para la salud y la libertad de las mismas.

Al paso de los años, se ha olvidado que en el Vaticano II se pronunciaron por reconocer que primero está la conciencia de las personas que el resto de doctrinas y dogmas. Hoy

este avance, se ha visto disminuido, y cuando las mujeres actuamos de manera autónoma, y conscientes de la decisión que tomamos, se puede correr el riesgo de ser inculpadas hasta con la cárcel.

Sin embargo, las luces pueden imponerse a la oscuridad, la mayoría dentro de los ámbitos eclesiales, hemos podido caminar, a pesar de los tropiezos y obstáculos, incidiendo en la comunicación, en la formación de redes, en el descubrimiento de algunas compañeras que han profundizado en la construcción de un cuerpo teórico que nos fortalece y da seguridad, para intentar compartir entre nosotras y con otros, la necesidad de hacer de las comunidades eclesiales, lugares de diálogo y descubrimientos. No ha sido tarea fácil, porque los puestos de mayor responsabilidad, que dan poder, son de varones y cuesta mucho aceptar compartirlos.

Anhelamos una Iglesia que:

- ❖ Recupere el mensaje evangélico de solidaridad con los pobres y excluidos; una Iglesia abierta a los signos de los tiempos, con una mirada misericordiosa hacia las diferencias, incluyente y respetuosa de ellas.
- ❖ Reconozca los derechos individuales, garantizados por las constituciones de muchos países del mundo; que reconozca la libertad de conciencia, la libertad de expresión y la libertad de asociación.
- ❖ Atienda la voluntad popular, que tome en cuenta la opinión, las prácticas y creencias de la feligresía, respete y defienda los derechos humanos en su interior.
- ❖ Realmente ponga a la vida por encima de las normas, que ofrezca reconocimiento a las diversas teologías, y que acepte el ecumenismo real, que respete las esferas de su accionar y que no abuse de su poder simbólico para influir en las políticas públicas, en fin, una iglesia que respete los estados laicos.
- ❖ Esté comprometida con los pobres y con la defensa de los derechos humanos y, al mismo tiempo, que se involucre menos en la política y en asuntos relacionados con el poder.
- ❖ Renueve su doctrina moral buscando nuevos diálogos y nuevos acuerdos eclesiales en materia de sexualidad, reproducción, anticoncepción, aborto, homosexualidad, eutanasia, familias, sida y uso del condón para dejar de ser co-responsable de un sinnúmero de enfermedades físicas y mentales, de heridas morales, de muertes y de la propagación del VIH/sida. Reconozca que en estos aspectos la comunidad católica ya

está decidiendo y ejerciendo su libertad de conciencia, indicando el camino a la institución (cfr. *Lumen Gentium* 12).

- ❖ Recupere sus fuentes comunitarias y vivas como Pueblo de Dios. Tenga como pilares de la autoridad a la colectividad, la participación, la descentralización y la colegialidad. Fomente el diálogo, la corresponsabilidad, la rendición de cuentas e incorpore en las instancias de decisión a las Iglesias locales, a las mujeres, a los jóvenes y a los laicos (cfr. *Lumen Gentium* 32).
- ❖ Renuncie a ser un Estado y recupere su profunda tradición evangélica y profética, de modo que esté más cercana a los pueblos que a los gobiernos y sea más social que política. La Iglesia que desea ser una experiencia concreta de amor creador y de esperanza de resurrección, no requiere de un jefe ni de un Estado Vaticano (cfr. *Gaudium et spes* 76).
- ❖ Reconozca la autoridad moral de mujeres y jóvenes en la toma de decisiones.
- ❖ Reconozca el daño moral que sus integrantes han hecho a las víctimas de abuso sexual, de discriminación y de exclusión.
- ❖ Castigue a los culpables del delito de pederastia suspendiéndolos del ministerio sacerdotal y sometiéndolos ante las leyes civiles.

Más que construir es participar en “hacer iglesia”. Las mujeres queremos hacernos corresponsable en los procesos históricos que favorecen el acceso real a los derechos humanos, impulsar acciones que nos lleven a hacer realidad la promesa que Jesús en el evangelio nos dice “he venido a traer vida y vida en abundancia...” con la aportación decidida de cada uno de nuestros dones, capacidades, luchas desde y en los espacios donde participamos, tomando la responsabilidad de nuestras decisiones en nuestras manos. Es tomar conciencia de que somos Iglesia y que cada acción que tomemos un aporte a la construcción de esta iglesia que queremos.

Queremos concluir, haciendo nuestras las palabras de nuestra hermana Leonor Aida Concha cuando nos comparte sus reflexiones sobre las mujeres cristianas en el presente milenio:

“Será una mujer que experimenta vivir la iglesia como un recurso excelente para su vida, porque ésta ya desmontó en su interior el mito de la superioridad masculina como el fin de un mundo binario: el de una realidad dual antagónica, fin de los complementos de género; en esa iglesia desapareció la dominación que toma como pretexto el sexo. Será

una iglesia en que todavía encontrará algunos y aún algunas que se aferran a vivir de la identidad femenina-masculina del siglo XX, como único significado existencial, pero que mayoritariamente habrá logrado modificar esa conciencia y, además, será ejemplo de relaciones más humanas entre hombres y mujeres; las mujeres serán tomadas en cuenta no como mujeres sino como sujetos; habrá logrado dar el paso a estructuras de justicia igualitaria como coherencia evangélica.

Esa iglesia será de aquellas instituciones sociales en que destacan con más viveza las prácticas democráticas como fermento de vida social y política para las sociedades. Ya no más será instrumento para el sometimiento de las gentes a los gobernantes.

Se encontrará en una iglesia que mayoritariamente será conducida no por clérigos sino por seglares, mujeres y hombres. Los clérigos habrán abandonado su posición sacral porque a nombre de lo sagrado dejaban de ser humanos en muchos aspectos y también en el sentido de actuar a nombre de Dios; esa Iglesia ya no se sentirá dueña y controladora de Dios. Su actitud será más humilde porque conociéndose limitada contribuirá sencillamente con otras religiones, con los hombres y mujeres de todo el mundo a construir mejores realidades.

La iglesia se considerará como comunidad humana genéticamente ligada al conjunto del cosmos que nos invitará a revisar el sistema de valores y a remplazar las ideas jerárquicas del universo por una concepción de interdependencia a todos los niveles de la existencia, ligados a un destino común como humanidad y llamados a salvarnos conjuntamente.

Esa mujer actuará en el espacio eclesial que ha logrado reformular su propuesta a la sociedad, iglesia que ha bajado de la cruz a los pobres, que no hace del sufrimiento su eje central, que contribuye a llevar una auténtica buena nueva a los oprimidos por la contribución solidaria a mejorar su vida cotidiana. Una iglesia que ha roto el círculo vicioso de responder de acuerdo a lo que el pueblo vive y siente, cuando fue la misma iglesia quien le llevó a esa situación. Considerará el pluralismo como base de una auténtica unidad.

Esa mujer cristiana encontrará en la iglesia en primer lugar una actitud de amor misericordioso, no de condena. Se habrá eliminado el enfoque biologicista que la Iglesia tiene de las mujeres. Esa mujer se animará a elaborar una teología -al lado de muchas otras- en la que ella se vea más interpretada, más cercana a Dios: considerará a Dios como Misterio, como presente en lo humano, como es el misterio mismo de lo humano, para rebasar aquellas concepciones que imaginan a Dios exclusivamente como lo masculino.

Participará en la reformulación de una nueva ética que entre otros aspectos considere la sexualidad, el gozo como algo positivo y será promotora de nuevas liturgias. Será un día

coordinadora de su iglesia local. Esas iglesias locales que se reúnen para alabar a Dios por las riquezas encontradas, experimentadas, animadas por Dios liberador de toda realidad.

Esa mujer continuará contribuyendo solidariamente a la superación de todos los miedos de donde surjan y de la eliminación de todas las esclavitudes, presiones, injusticias, dolores, sufrimientos que almacena la humanidad. Recordará con gratitud y amor los orígenes del cristianismo como liberador de las mujeres y el por qué muchas mujeres del mundo greco-romano querían ser cristianas al sentirse tomadas en cuenta como iguales en aquellas primeras comunidades cristianas que trataban sinceramente de hacer vida el Evangelio.

Observará cómo terminó el miedo que la humanidad de los pasados milenios tuvo a lo femenino porque expresaba las fuerzas de la vida que son oscuras, inmensas, seductoras, unas veces silenciosas, otras ruidosas que parecen escapar al control de la razón pero que son temidas por su grandeza. La humanidad en sus dimensiones femenina y masculina se habrá reconciliado consigo misma.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Concha, Leonor Aida H.S.S., La mujer en la iglesia del presente milenio, octubre 2011, (promanuscrito).